

grava, que recogíamos cuando la baja marea dejaba en seco la playa.

Trabajábamos aún sin grandes prisas, y empleamos los últimos hermosos días de febrero en la caza de pájaros bobos. Pero á primeros de marzo fué para nosotros cuestión vital la terminación de la vivienda. Comenzamos entonces á economizar nuestros víveres, constituyendo principalmente nuestra alimentación la sopa de pinguino que condimentábamos con un poco de agua de mar para ahorrar nuestra escasa provisión de sal. La parte de magnesia que contenía el agua salada nos produjo al principio á los tres una pertinaz diarrea con todos los síntomas de cólico. El frío que se dejaba sentir las noches tempestuosas contribuyó también á agravar esta dolencia. A menudo teníamos que salir de nuestros sacos de dormir á medio vestir, arrostrando la ventisca y en la obscuridad.

Cada vez se nos hacía más penoso guarecernos en la tienda, sobre todo durante las formidables tempestades. Grunden, que era el «jefe de la tienda», estaba continuamente atareado en afianzarla con grandes bloques de piedra, para evitar el peligro de que nuestro alojamiento durante una noche oscura y tempestuosa se deshiciese y fuese arrebatada al mar, cuya orilla estaba tan sólo algunas veintenas de metros de nosotros. Cada mañana tenía Grunden que echar mano de la aguja de coser para zurcir los agujeros producidos por el viento en la lona de la tienda. La parte que tocaba al suelo estaba completamente deshecha, y después de una noche tempestuosa, á veces encontrábamos sobre los sacos de dormir una capa de nieve que había penetrado con el viento.

Teníamos materialmente encima el invierno. El to-

rrente que nos proveía de agua se había secado, cubriéndose el lago de hielo, de modo que á fuerza de trabajo pudimos mantener abierta una pequeña brecha. Las rociadas de las olas que, durante las tempestades, avanzaban en torno de las rocas de la orilla, formaron una espesa capa de hielo que en algunas partes llegaba á bastantes metros, formando un blanco borde en la playa.

Todo este tiempo, antes de terminar la choza, fué el más penoso que atravesamos durante la invernada. Molestados por constantes desarreglos gástricos y expuestos continuamente á que se rompiese del todo la tienda y nos encontráramos en medio de una tormenta de nieve á cielo raso, nos vimos obligados á redoblar nuestros esfuerzos para lograr cuanto antes un techo más seguro.

El 6 de marzo llenóse la casa de nieve, mas el día siguiente conseguimos limpiarla mientras continuaba la tempestad. El día 8 soplabá un fuerte vendaval, pero había cesado el torbellino de nieve; el día 9 trabajamos arrostrando una tempestad que aumentaba por grados, pero al día siguiente arreció tanto, que nos vimos obligados á suspender nuestros trabajos. Durante el día 11 amainó la tempestad; colocamos entonces el trineo sobre las paredes construidas, á guisa de caballete, y dimos comienzo á la construcción del techado.

El día 12 lo invertimos también trabajando precipitadamente. Duse confeccionó una especie de alfombra con pieles de pájaros bobos para colocarla en el suelo con objeto de que aislase el helado pavimento. Grunden remendó el viejo toldo del buque, que debía servirnos de techo, y yo barría entre tanto la nieve que había penetrado en la casa, sirviéndome de escoba una ala de pájaro procelario gigantesco.

Luego nos ayudamos mutuamente para afianzar el maderamen del tejado, el cual, además del trineo, se componía de tres largos palos, un par de listones para patines, dos tablas grandes y toda clase de fondos y dueñas de un barril de pan que vaciamos y rompimos para tal objeto. Cuando todo estuvo listo colocamos el toldo del techo, que amarramos á grandes bloques de piedra, asegurándolo además sólidamente á las paredes.

Era de noche, sin que nos hubiera quedado tiempo de pensar en las exigencias de nuestros estómagos. Hicimos entonces una comida extraordinaria que remoamos dignamente para celebrar nuestro triunfo. Por fin, contábamos con un alojamiento relativamente confortable contra los rigores de las tempestades.

El plazo del regreso del «Antártico» había expirado ya, pero abrigábamos aún una débil esperanza de que llegase en nuestro auxilio. De todas maneras, nuestra situación no era ya tan desesperada desde el momento que podíamos hacer frente, con más medios de defensa, al ingrato clima invernal antártico.

La primera noche pasada en la cabaña dormimos profunda y tranquilamente, sirviéndonos de gran alivio después de las angustiosas vigiliás que habíamos pasado en la insegura tienda, amenazados constantemente por los furiosos temporales.

Nos habíamos instalado en la choza, pero faltaba aún bastante para que estuviera lista del todo. La entrada era tan sólo provisional durante las primeras semanas, habiéndola tapado con un cuero de foca y un cofre de madera; entre las junturas se filtraba la nieve en abundancia, y á través de innumerables rendijas de las paredes de piedra pasaba libremente el viento y el agua. Nuestro

primer cuidado fué entonces la construcción de un pasillo á manera de antesala, como hacen los esquimales en sus chozas de invierno. Hicimoslo en forma acodada, y así nos ofrecía dos ventajas: ahorrábamos material de construcción, que entonces era más difícil de conseguir, é



Campamento de espera.

impedíamos que el viento entrase directamente cuando se establecía comunicación con el exterior.

Este corredor se cubrió con el toldo de la tienda que llevábamos para viajes en trineo, y la misma abertura exterior, que era ahora la puerta, se dispuso del modo siguiente: para nivelar el umbral, que resultaba un poco más bajo que el piso de la cabaña, utilizamos la caja donde habíamos llevado las latas de petróleo destinadas al viaje en trineo. Las jambas de la puerta se formaron con dos cajas llenas de fósiles colocadas á ambos lados del umbral (los dos rectángulos negros del dibujo, página 297). Sobre ellas instalamos una tercera caja de fósiles

que servía de dintel, revistiendo el conjunto con piedras adosadas. El hueco de acceso que resultaba de este modo era un cuadrado de unos setenta centímetros de lado. No podíamos, pues, pasar derechos; había que salir de la cabaña rastreando con toda clase de precauciones, mientras que, cuando teníamos que entrar, debíamos ponernos de rodillas y penetrar así de espaldas hasta dentro. De las tapas de dos cajas de fósiles hizo Duse una puerta que se adaptaba perfectamente á la abertura. Colocámosla de modo que se abriese hacia el interior del pasillo, montada sobre estrechos listones clavados en las cajas; cerrábase por dentro con una clavija de madera. Como se ve, todo estaba construído con la mayor sencillez y del modo más práctico posible.

Era necesario que la puerta girase hacia adentro en previsión de las copiosas nevadas, que impedirían abrirla en sentido contrario. De esta manera bastaría despejar de nieve el umbral, cuando hubiésemos de salir. Más tarde se formó ante la puerta una verdadera pared de nieve, de modo que teníamos la comodidad de recoger la necesaria para derretir en la cocina sin molestarnos en salir de casa.

Tomadas todas estas precauciones, aunque nos viésemos bloqueados por la nieve, podríamos continuar dentro de la vivienda sin privarnos de lo más necesario.

Cerca del umbral (*a*, en el dibujo de la página 297) dejamos una excavación al construir la pared (*b*). Construimos ese foso primeramente para almacenar nieve limpia de la cual podríamos obtener el agua necesaria durante los días borrascosos, sin necesidad de salir á la intemperie. Esta idea tenía su fundamento cuando estábamos construyendo el corredor, porque entonces, du-

rante las tempestades otoñales que sobrevinieron, quedaba poca nieve en las inmediaciones de nuestra vivienda. Más adelante vimos, sin embargo, como he indicado, que este depósito de nieve sobraba; pero tuvo otro empleo sumamente práctico: lo destinamos para almacén de carne y grasa.

Tan pronto como se despejó el tiempo, después de una tormenta de nieve, nos cuidamos ante todo de aprovisionar este depósito en previsión de otro temporal, que no tardaría mucho en estallar.

En el recodo del pasillo habilitamos un hueco aislado en forma de nicho que empleamos como *water-closet*. Vacilamos antes de emprender esta construcción, que entonces no nos parecía indispensable, pero más adelante pudimos convencernos de su gran utilidad durante el invierno, cuando, á veces, nos hallamos incomunicados con el exterior una semana entera. Paso por alto las bromas á que dió lugar la instalación de este práctico departamento de nuestra cabaña.

Al final del pasillo, á la izquierda, y vaciando el muro, construimos la cocina, cuyo techo y salida de humos estaba formado con un par de bloques planos de piedra. En este mismo lugar excavamos hasta medio metro en el suelo con objeto de emplazar más fácilmente los dos hornillos de que disponíamos. Delante de este hogar hallábase, cerrando en parte la entrada á la habitación común, un gran recipiente de lata (*e*) donde guardábamos parte de nuestros víveres y formaba un lugar bastante abrigado para el cocinero.

Pasando por alto otros pequeños detalles de instalación fuera de la entrada que daba acceso á la cámara principal, daré una idea de cómo había quedado ésta

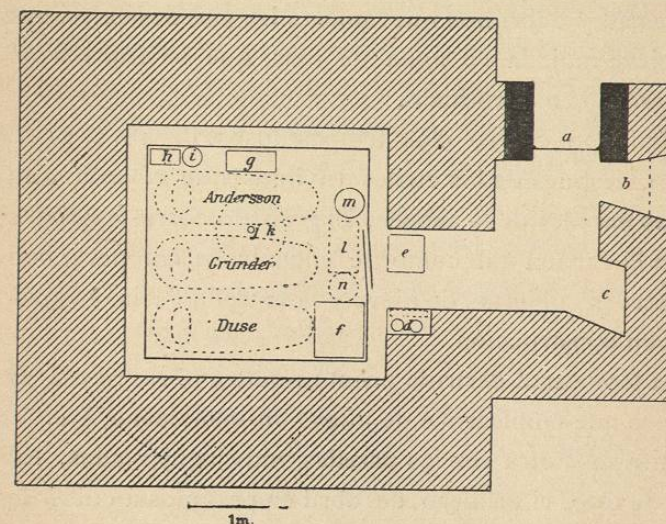
distribuída. Se ven varios objetos en ella, cuyo lugar siempre, día y noche, es el mismo, como, por ejemplo, la caja abierta (*f*) destinada á guardar diferentes utensilios de cocina, almacenar viandas, etc.; otro (*g*) para ropas y efectos, dos cajas pequeñas (*h*), la damajuana de petróleo (*i*) y el palo de la tienda (*j*), que afianzaba el trineo, evitando que se hundiera el techo por el peso de la nieve que más tarde llegó á ser excesivo. Una tabla redonda (*k*) que corría á lo largo del palo central y que podía subirse hasta el techo ó regular su altura, nos servía de mesa los días que enrollábamos los sacos de dormir y nos poníamos á trabajar sentados en torno de ella (véase el dibujo citado).

La posición de los sacos de dormir, cuando los utilizábamos, se indica en el plano correspondiente. Cuando no se utilizaban, los enrollábamos y se dejaban uno al lado de otro á lo largo de la pared del fondo. Una caja (*l*) que siempre andaba de un lado para otro, la colocábamos durante la noche delante de la abertura de la tienda. Cuando estábamos levantados, servía de asiento para alguno de nosotros, y no pocas veces nos servía de mesa para diferentes menesteres.

La parte superior (*m*) del aparato de cocina que no estaba en uso durante el invierno, se destinaba para poner cacerolas con viandas calientes, donde se iban enfriando paulatinamente. La parte inferior (*n*) servía de día como silla y por la noche como lugar incombustible para colocar la lámpara encendida. Como se ve, utilizábamos lo mejor posible hasta los objetos más insignificantes que poseíamos. Pedazos de cuerda, pequeños trozos de madera, hasta las latas vacías de conservas nos servían para algo en ocasiones.

Nuestro nuevo alojamiento no podía ser, por lo tanto, más diferente del que teníamos en la tienda á merced de los elementos. Pero nuestra satisfacción no resultó completa.

Aunque habíamos rellenado con muchos sacos de casquijo de la playa y algas secas los intersticios de las piedras superpuestas, habían quedado, sin embargo, en



Choza de invierno en la bahía de la Esperanza.

*a* entrada, *b* sitio destinado para guardar la grasa y la carne, *c* Water Closet, *d* cocina, *e* asiento del cocinero, *f* despensa, *g* caja de provisiones, *h* cajones pequeños, *i* damajuana del petróleo, *j* palo de la tienda, *k* mesa, *l* baul mundo de madera, *m* y *n* orificios de ventilación.

Los objetos (sacos de dormir, etc.), cuyo sitio variaba día y noche, van indicados con líneas de puntos.

los muros numerosas aberturas por las cuales pasaba el viento y la nieve.

Habíamos inaugurado nuestra cabaña el 12 de marzo, y á los dos días de estar en ella, encontramos ya considerable cantidad de nieve en el suelo, que había penetrado

á través de las paredes de la tienda. Entonces tapamos con más algas todas las grietas visibles y cubrimos con nieve la parte exterior de las paredes. Pero el día 15 sobrevino una formidable borrasca de nieve que barrió toda esta cubierta y acumuló grandes masas de nieve sobre la techumbre que cedió bajo su peso. El día siguiente logramos con gran trabajo reparar los daños causados por la tempestad y cubrimos nuevamente las paredes exteriores con nieve mojada en agua de mar, que se transformó bien pronto en duro hielo.

Siguieron cuatro días tempestuosos, del 18 al 21 de marzo, después de los cuales tuvimos que revestir otra vez las paredes de la cabaña. El grabado correspondiente indica la cabaña tal como se encontraba entonces, con las paredes cubiertas de nieve y la entrada de la antecámara en construcción.

La tempestad destruía pronto nuestra obra. El día 27 tuvimos que emplearnos de nuevo en esta faena, y el 30 encontramos otra vez las paredes muy agujereadas. En vista de esto, el primero de abril empezamos á cubrir la pared exterior por el lado que estaba al abrigo del viento, con un espeso talud de nieve formando pendiente. Tuvimos que traer la nieve en un cajón desde unos montones que se hallaban bastante lejos de la choza. Nuestro trabajo se hacía muy pesado y el viento destruía el talud á medida que lo construíamos. Parecía que todas las fuerzas de la Naturaleza se hubiesen desencadenado contra nosotros, sin que viésemos señales de amainar el temporal del sudoeste.

El 24 de abril me tocó hacer de cocinero. Cuando encendí la lámpara por la mañana el termómetro señalaba, bajo el techo de la tienda, 14°. En el suelo, á buen

seguro hubiera marcado casi unos 20° bajo cero, y fuera de la cocina la temperatura era aún más cruda. La tempestad glacial se filtraba á través de los muros agrietados. Dolían los pies, y los dedos tiesos y amoratados por el frío se me quedaban insensibles cuando tenía que cortar la grasa helada ó llenar las cacerolas de nieve. Pasamos un día verdaderamente desagradable.

Por fortuna sucedió un corto intervalo de tiempo apacible á propósito para trabajar: lo aprovechamos para amontonar, en torno de la cabaña, grandes bloques de nieve, valiéndonos para cortarlos de los aros de hierro del barril del pan, formando así una especie de terraza alrededor de la cabaña.

De esta manera las tempestades rompían violentamente contra dicha defensa, y así logramos conservar la cabaña más resguardada. A medida que el invierno adelantaba mejoraron las circunstancias bajo este concepto. Montones de nieve fuertemente prensados por el viento se adosaron á la terraza construída por nosotros, y no había ya necesidad de sacrificar un momento de libertad para componer lo que la última tempestad había destruído.

En medio del verano, la cabaña se encontraba completamente oculta bajo una loma de nieve llana y extensa que se había formado lentamente. No se veían las paredes; únicamente percibíase la techumbre cargada de bloques de piedra y reforzada con cueros de foca desgrasados, como una mancha oscura en medio de la blanca é igual superficie. La temperatura de la cabaña se presentaba entonces bastante igual. De día, cuando se guisaba, las paredes recogían algún calor que conservaban durante la noche, y así la temperatura descendía muy poco.

A pesar de todo, generalmente marcaba el termómetro dentro de la cabaña algunos grados bajo cero, á lo que pronto nos acostumbramos; de modo que podíamos sentarnos á trabajar ó conversar en mangas de camisa, sin llevar guantes y con la cabeza descubierta. Aunque parezca extraño, el tiempo bonancible era la verdadera causa de que la temperatura dentro de la vivienda se conservase siempre baja.

Cuando amainaba el temporal y se iniciaba el deshielo formábase una inmensa gotera en el techo, y la nieve derretida inundaba lentamente nuestra cabaña, formando un verdadero charco de lodo pegajoso.

## CAPITULO XIV

*Comida y combustible*

ANteriormente he relatado nuestros trabajos de construcción hasta el tiempo en que la choza, oculta por una formidable masa de nieve, nos ofreció un refugio dentro del cual pudimos aguantar tranquilamente las sucesivas tempestades. La relación debe ahora retroceder al comienzo de la invernada para explicar cómo nos procuramos combustible y alimento.

Hasta últimos de febrero, con la esperanza del pronto regreso del «Antártico», nos habíamos alimentado principalmente con las provisiones del depósito de que disponíamos á nuestro desembarco. Pero el primero de marzo tuvimos que variar por completo nuestros medios de subsistencia. Nuestras vituallas, que podemos llamar mundanales, fueron reemplazadas entonces casi exclusivamente por los productos de la naturaleza que nos rodeaba.

Como ya he indicado en otro pasaje de esta narración, resultó por un error, del cual yo solo fuí culpable, que la